

FRÉDÉRIC PAJAK
MANIFIESTO INCIERTO
VOLUMEN II

Traducción de Regina López Muñoz

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2017

TÍTULO ORIGINAL: *Manifeste Incertain. Volume II*

© Les Éditions Noir sur Blanc, CH-1003 Lausanne, 2013

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2017

© Errata naturae editores, 2017

c/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-51-6

DEPÓSITO LEGAL: M-22555-2017

CÓDIGO BIC: HP / JF

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Edelvives

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

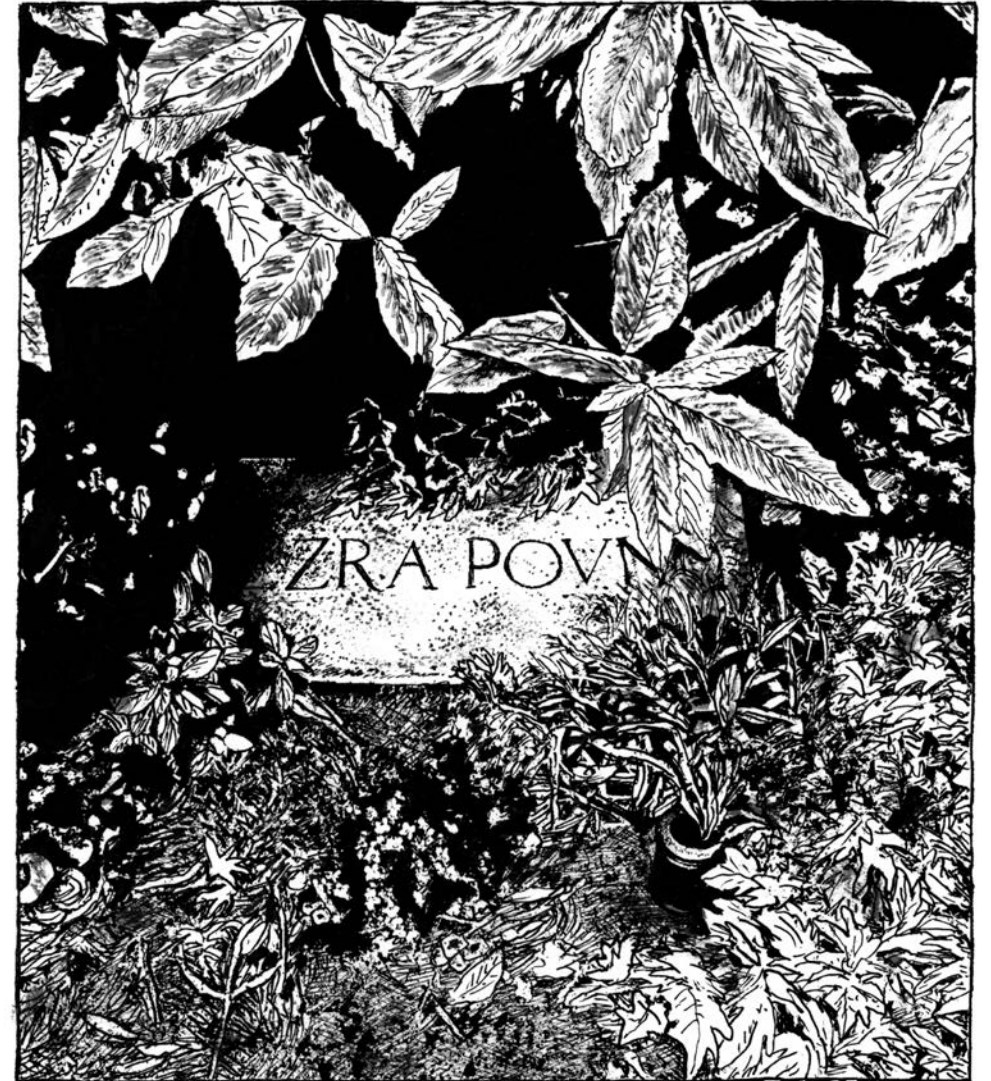
Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.


errata naturae

«BEBEMOS SIN VINO, DORMIMOS SIN LECHO,
VAMOS, VENIMOS, OBEDECEMOS»

«Bien saben que temo las apologías, pero van a ver que
no me dan ningún miedo los manifiestos».

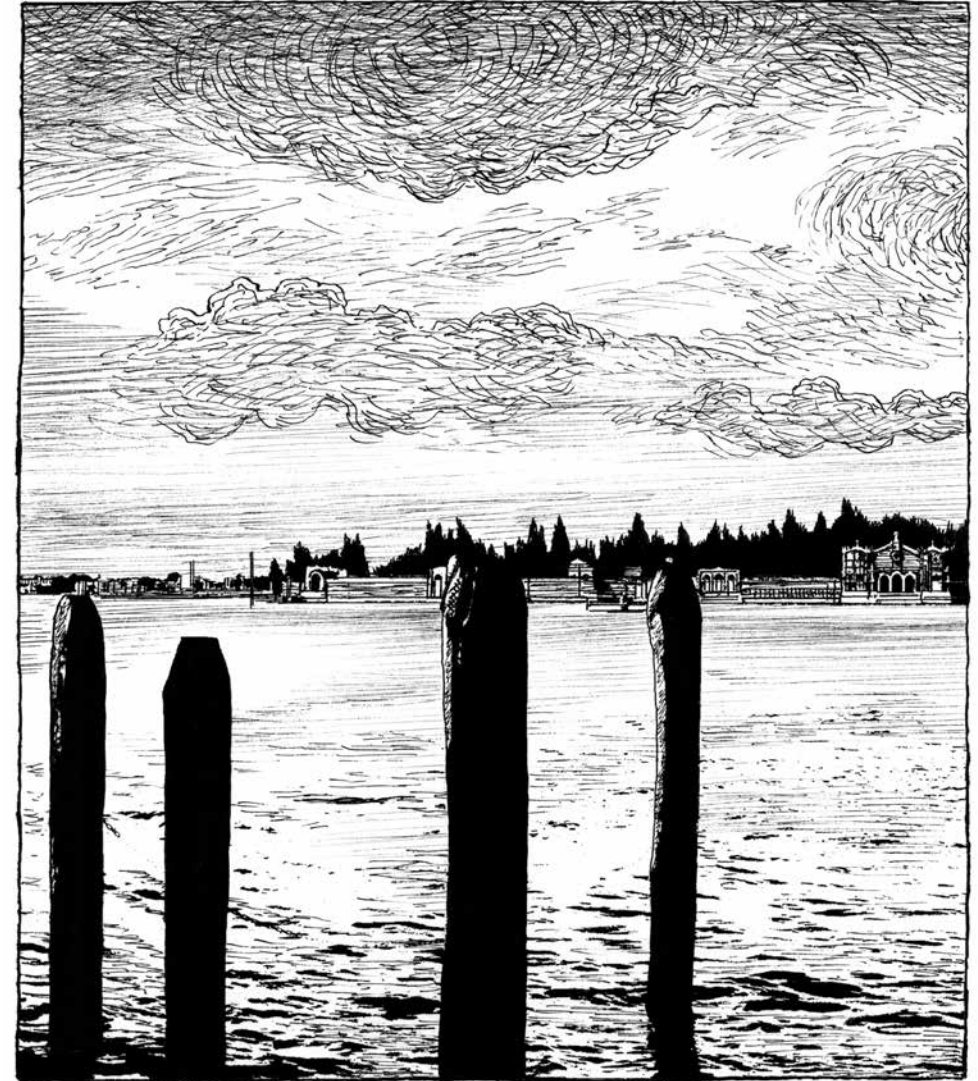
CARDENAL DE RETZ, *MÉMOIRES*



Nadie, afirma el poeta Leonardo Sinisgalli, sabe si el tiempo va o viene. ¿Hay que abandonarse al tiempo que surge? ¿Perder la cabeza por él? ¿Entristecerse por lo que desaparece?



Lo mejor, en Venecia, en el pálido mar de tila donde nadan pétalos de sol, es sentarse en la popa del *vaporetto* para ver cómo desaparece Murano.



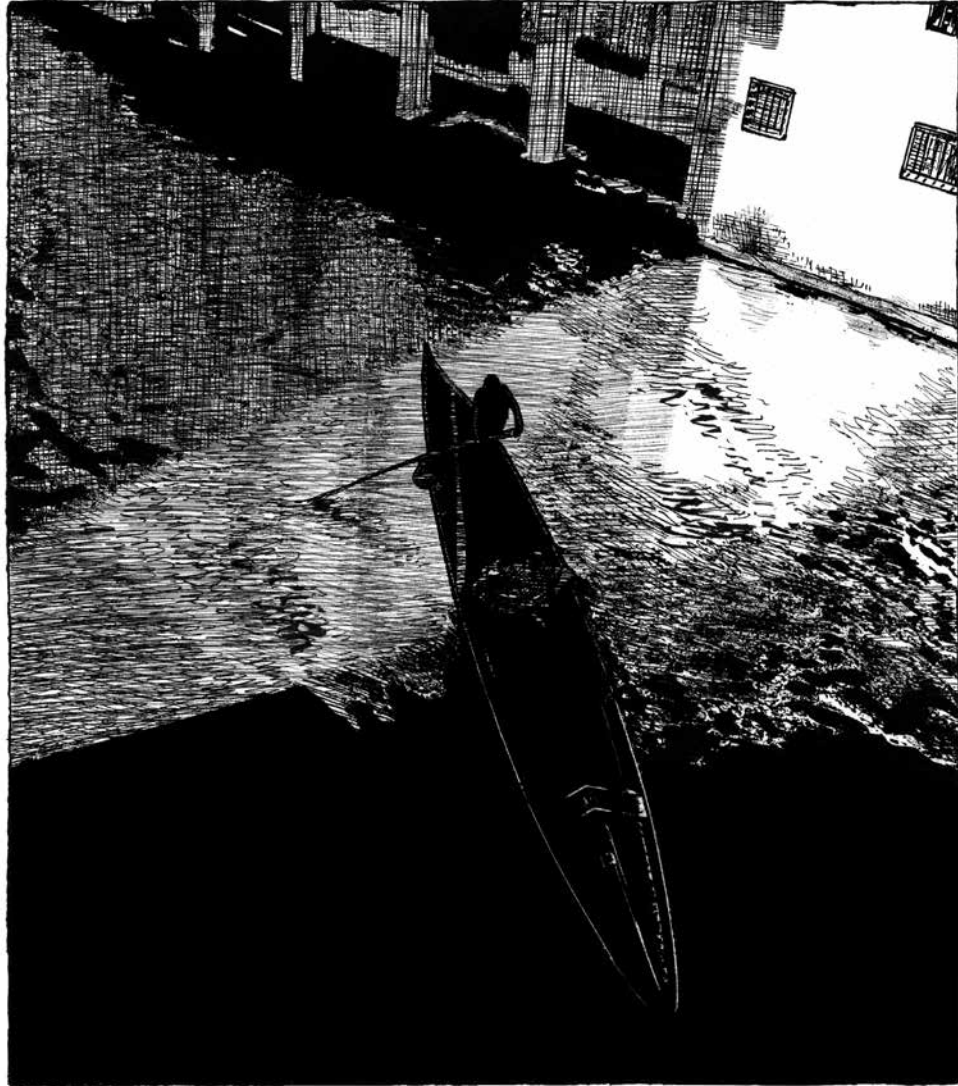
¿He oído el clamor de Ezra Pound a mi paso por el cementerio de San Michele, empenachado de cipreses negros? Resulta conmovedor saber que su nombre está grabado bajo el follaje y las flores recién depositadas. Ezra Pound: volveré.



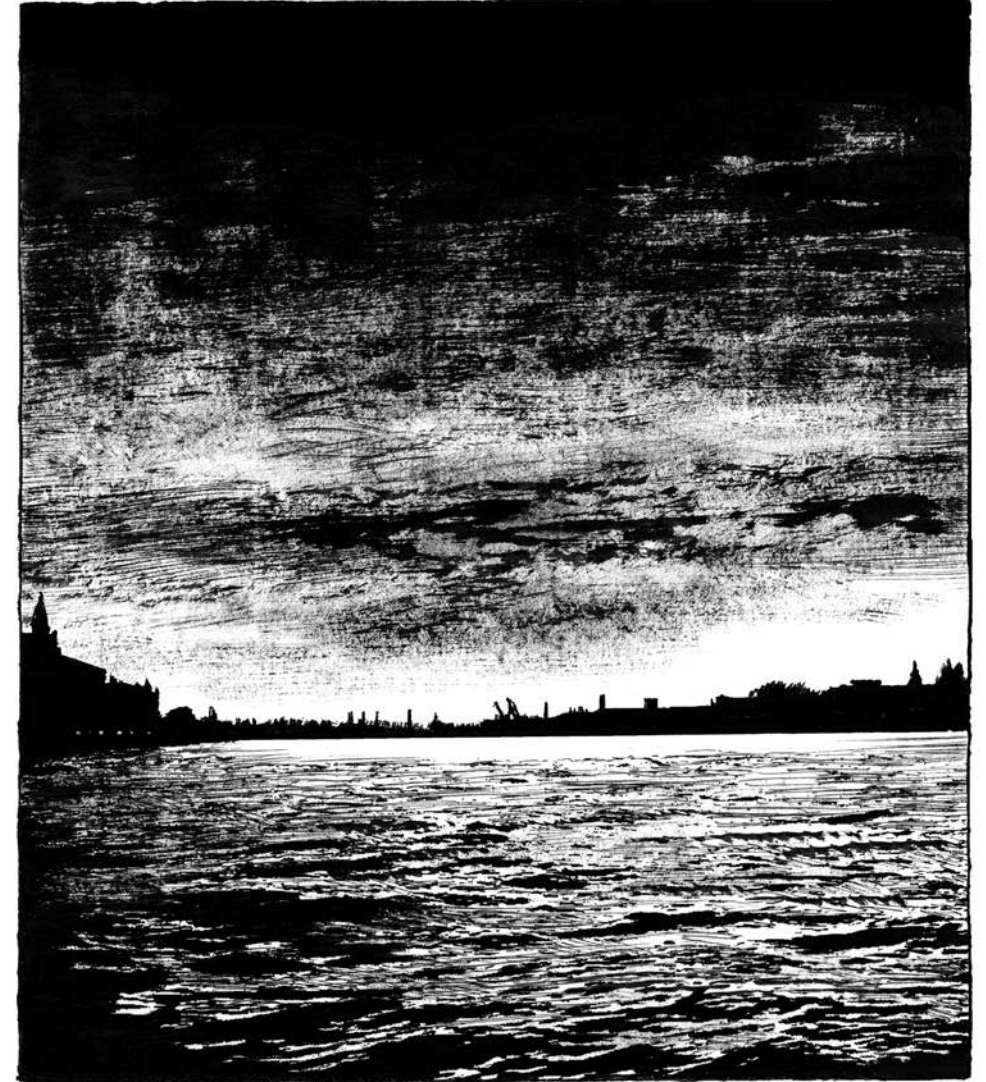
Es doloroso volver a Venecia. Su esplendor fastuoso nos afea. Deambulamos entre sus canales, en el trezado indiscifrable de sus pasillos que desembocan en plazas sobrias y despobladas. Venecia se construyó para castigo de los tiempos futuros, y helos aquí, castigados. Los viajeros dieron paso a visitantes que dieron paso a turistas. Ya nunca seremos viajeros.



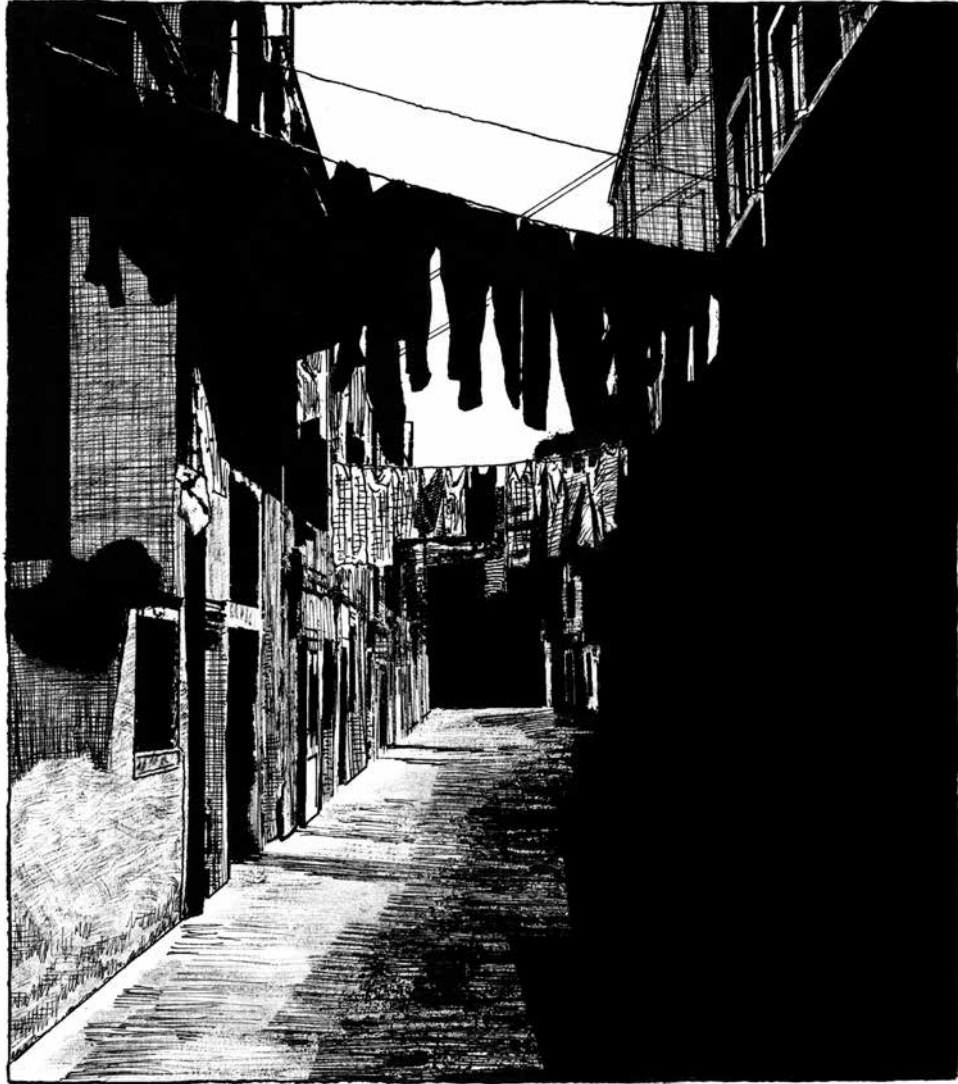
Pese a todo, estamos tumbados en una cama nueva bajo el techo de un palacio antiguo, y el pasado nos pertenece por espacio de un instante. Seríamos dueños y señores si la locura nos quisiera. Pero ya no hay ni locura ni el más mínimo sortilegio que colocarse bajo la melena. Ni siquiera las ilusiones crean ya ilusión alguna.



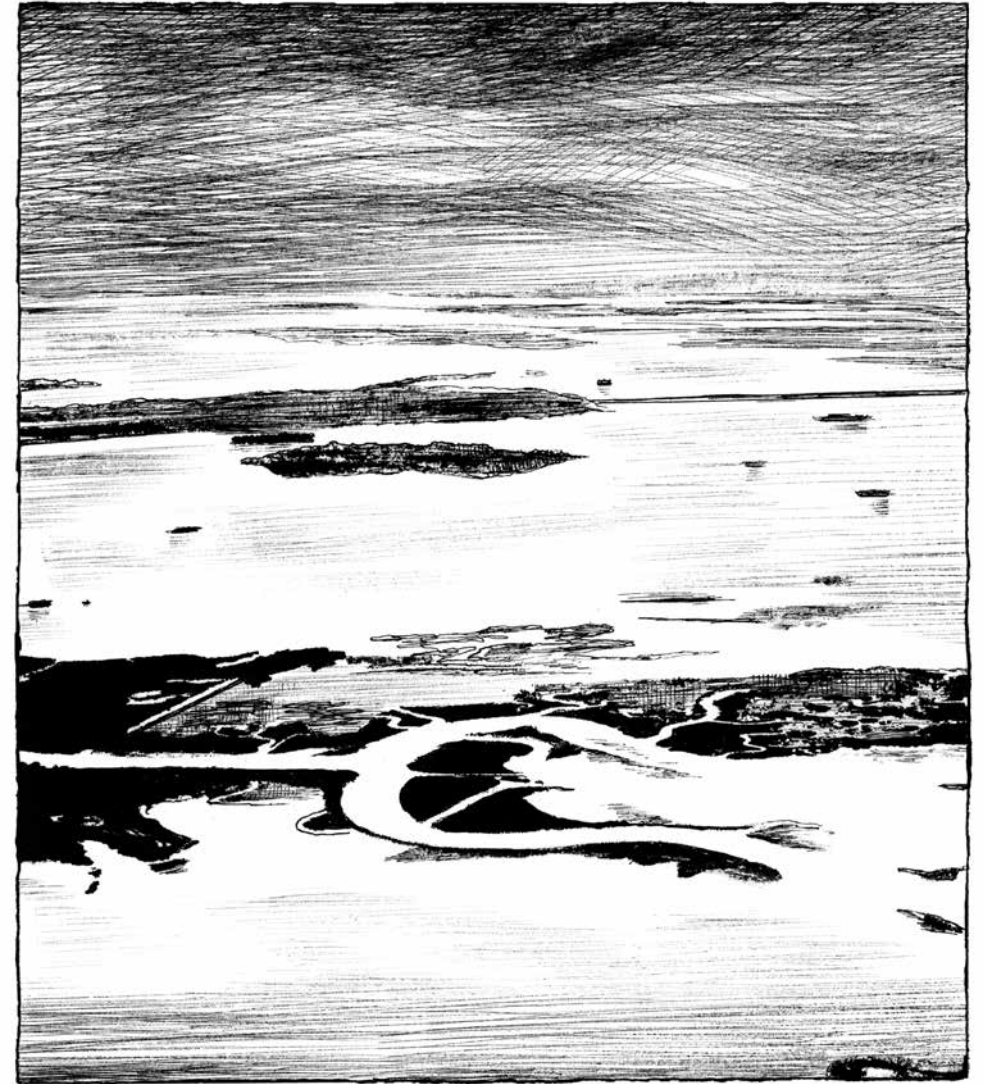
Sin embargo, al anoecer, a la sombra púrpura de una iglesia abandonada, un violonchelista emite su sollozo y nos recuerda que los días remotos podrían quedar de pronto a nuestro alcance.



La Historia avanza enmascarada, y tras la máscara sólo estamos nosotros, con la mirada ausente, una sonrisa escupida. ¿Qué es, pues, esta ansiedad que nos atenaza?



Nos da miedo vivir en el mundo, miedo pasar con el tiempo. En las aguas verdes y algo fétidas que corrompen los bajos de los muros se reflejan nuestros rostros, abatidos por no poder tocar el fondo. Nos hemos herido a nosotros mismos y esas heridas que tanto nos duelen son, en definitiva, muy superficiales.



Lloramos para calmar la sed de nuestras lágrimas.



Tuve una novia para la que el momento presente, apenas vivido, se convertía en pasado. Instantáneamente, todo lo que acontecía había acontecido ya y provocaba en ella un sentimiento inmediato de amarga nostalgia. Siempre decía: «¿Te acuerdas de...?», refiriéndose al día que acababa de concluir. Me agobiaban sus evocaciones del pasado abrasador o del presente abrasado. Nos separamos. Y volvimos a vernos. Y, una vez más, el tiempo de vivir dejaba de vivir. La única solución: olvidar cualquier recuerdo y recordar el futuro.



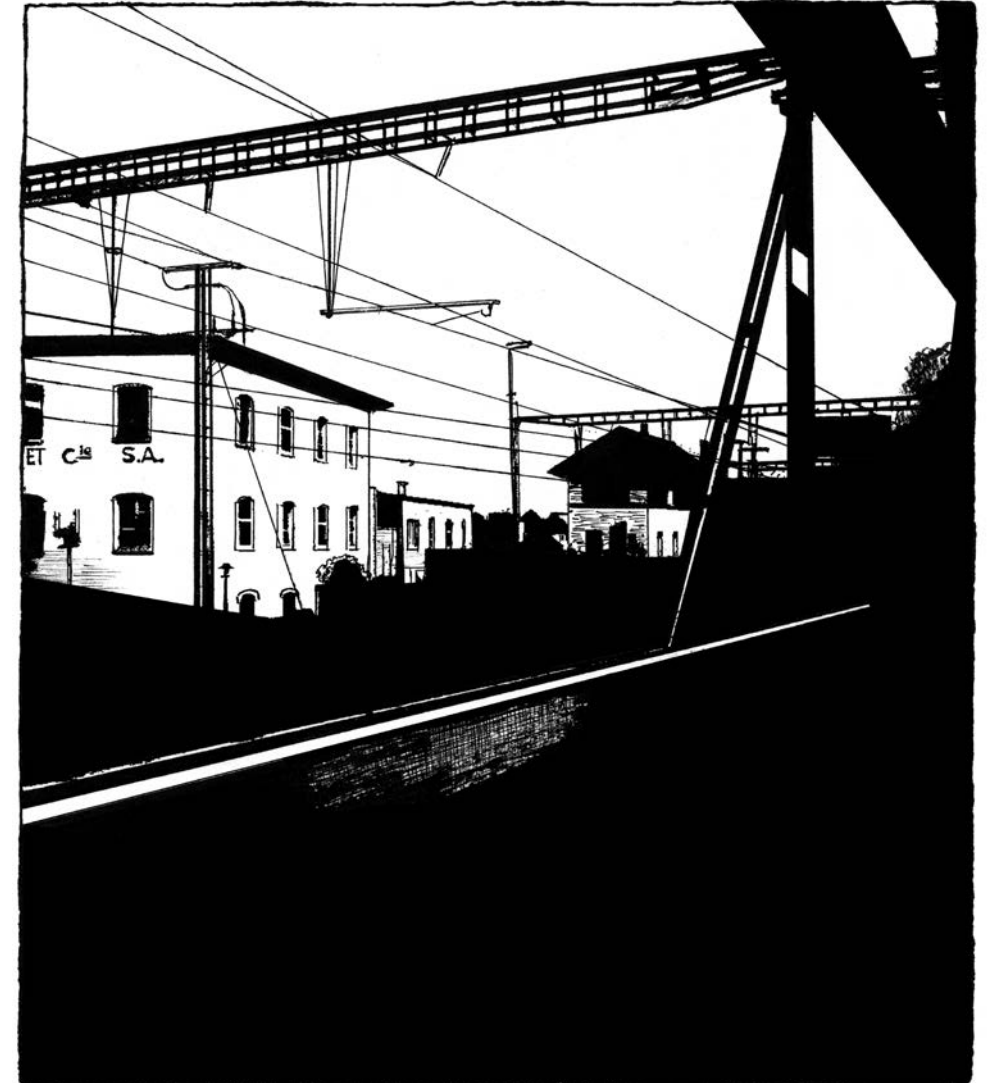
Y he aquí el desastre. Y he aquí la felicidad. Desastre y felicidad van de la mano, se pisan los talones por el sendero angosto de la Historia, la insignificante historia de los hombres, el poso del viento.

En el bar del TGV de Estrasburgo a París hay dos chicos rumanos, de apenas veinte años, y dos rusos sexagenarios. Pasa el revisor:

—¿Rumanos? Verás... ¡Anda, mira, si tienen billete! ¡No me lo puedo creer! Probablemente cruzaron la frontera con unos pocos euros en el bolsillo.



Los rusos se acodan en la mesita, junto a la ventana. Parecen emerger del fondo de los pantanos de una estepa sin fin. Duendes viejos disfrazados: gorra, boina, zapatillas de deporte, uno con pantalones de paracaidista y anorak rojo, el otro con un jersey de punto con motivos vegetales, setas y bosques de abedules. Descorchan una botella de tinto, beben a morro, y luego abren otra de rosado y pican salchichón y queso. Hablan a gritos, ríen a pleno pulmón. Los rumanos humillan la cabeza, no dicen ni mu.



Veo morir detrás del cristal la llana región de Champagne, desolados campos de invierno que amenizan apenas unos sotillos de brazos descarnados. París se acerca. Dos chavales rumanos y dos pobres rusos ya curtidos, completamente perdidos, van a codearse con la Ciudad de las Luces, a saborear las aceras húmedas y a buscar la felicidad imposible. ¿Felicidad? Se trata de sobrevivir, de probar suerte. Un visado, un billete de tren, un buen amigo, ¡y empieza la aventura!